

# LA CONVERSACION

Periódico de literatura y ciencias.

Se publica un número cada domingo, y el precio de suscripción es cuatro reales por mes en Madrid y quince reales trimestre en provincias.—La Redacción y Administración, a donde se dirijan los pedidos y reclamaciones, está situada en la calle del Arenal, 7. 2.º derecha.

## NATURALEZA DEL DERECHO.

SUS TENDENCIAS.

### II.

El "derecho" ha existido siempre; y la filiación moral de la idea que esta palabra significa no se ha perdido nunca. Las fuerzas, las virtudes del derecho han podido estar como adormecidas una hora y otra hora, un día y otro día, un siglo y otro siglo; pero jamás han estado muertas ni disueltas. Descansan, pero no mueren. Se replegan, pero viven reconcentradas. Ellas son las que prestan valor al infortunio, elocuencia á la desdicha, flores al cadalso, vida á los sepulcros, animación á los desiertos; nuevas lenguas á los Aristóteles, Platones, Cincinatos, Tácitos y Cicerones, y nuevos discursos á los genios de las edades posteriores, que después de atesorar en su inteligencia todos los prodigios morales de Grecia y Roma, compendio y perfección de las meditaciones de otros tiempos, los combinan, desenvuelven, "cristalizan" y aumentan según las luces nuevamente adquiridas y el presentimiento de otras dádivas celestes. Ellas son las que exaltan todas las esperanzas, doran todos los horizontes, y van labrando el templo de la Nueva Jerusalén de los mortales. Si la nueva ciudad humana no ha de ser obra del acaso, y sería imposible que lo fuese; ¿quién será el arquitecto que la funde sino la "ciencia del derecho," ora manifestándose en los códigos y ora en el precioso fruto de sus doctrinas expansivas; hoy en la santificación de las costumbres puras, inocentes y sagradas, y mañana en monumentos artísticos consagrados á la memoria de los grandes hechos y á la vida de las grandes instituciones; un día en la proclamación de sentencias antes ignoradas, y otro en establecimientos humanitarios, personificación material y moral de la voz inmensa de caridad y amor, de paz y fraternidad, vibrada como nunca en las inspiraciones evangélicas; ahora en el seno de la familia y en la comunicación y extensión de la propiedad, y luego en las altas cumbres del Es-

tado, vivificadas por la armonía, cuyo ángel brille erguido sobre las ruinas de la resistencia y de la guerra?

Estos sentimientos, estas ideas, estas percepciones claras que tenemos de lo justo y de lo injusto; ese criterio que ejercemos muchas veces con acierto acerca del mérito de las acciones humanas, si no nos ha abandonado la razón ó no se han apoderado de nosotros pasiones violentas y bastardas; esa luz propia con que penetramos en la historia, con que esclarecemos el laberinto de los códigos escritos y con que pesamos todos los fenómenos morales; ese resplandor, esa antorcha, ese fanal interno, ese juicio íntimo y moderador que todo lo va regulando y purificando "dentro de nosotros mismos;" esas muestras de dignidad que desplegamos contra la injusticia y la violencia; ese anhelo constante de orden y progreso; ese propósito firme de que nuestra personalidad se respete; ese deseo de que se repriman los actos que juzgamos criminosos; esa perpetua condenación de la avaricia inquieta y desvelada, que es pena de sí misma; esa admiración que tributamos al heroísmo verdadero, á la virtud sin tacha, si es que la virtud puede tenerla, ese aborrecimiento que tenemos á la maldad ¿qué son sino pruebas evidentes del "derecho," cuya "ciencia" va inoculando sus verdades poco á poco en las entrañas del universo?

Del profundo estudio del "derecho" y del estudio mas ó menos acertado de la ciencia del hombre, provienen todos los tesoros de nuestra inteligencia; y las palabras mismas "derecho, deber, justicia, conciencia, tuyo y mio, pudor, decoro, razón, libertad, autoridad" y otras no menos importantes, aunque en corto número, están atestigüando la rica herencia que de nuestros mayores hemos recibido, aunque no sin mezcla de infinitos males y de dolores sin cuento, como para demostrar el resumen de nuestra educación civil, como para presentar el compendio de nuestras creencias, y como para significar los vínculos que unen á los hombres entre sí con la sociedad, con todas las naciones y

con su creador, mantenedor y favorecedor omnipotente. En todos los códigos, en todos los monumentos religiosos, en los labios de todas las potestades, en los libros de todas las "confesiones" disidentes, y por supuesto en el libro por excelencia, donde quiera, en fin, y hasta en la frente de los malvados, están escritas esas palabras admirables, expresión de nuestra dignidad, breve catecismo de nuestra fe racional y dogmática y prueba de la perfección de nuestra esencia. Pues supongamos por un momento, ¡horror y espanto causa imaginarlo! pero supongamos por un momento, que en consecuencia de un cataclismo súbito y tremendo desapareciesen esas palabras de la historia de la humanidad y de la memoria de los hombres, y se borrasen de ella con las palabras sus ideas (lo cual por fortuna es absolutamente imposible), ¿quién, dada semejante hipótesis, sería capaz de comprender ni de soñar siquiera las calamidades, trastornos y revoluciones sangrientas que sobrevendrían de improviso; de calcular lo que serían los hombres; de contar las víctimas y de sentir sus ayes y clamores; de medir los abismos que separarían entonces la tierra de la primera ráfaga de aire puro, y de distinguir la raza humana de las manadas de fieras hambrientas que rugen al son de las tempestades de los bosques? No hay nación alguna que no haya pasado por algo de esto, pues todas han sufrido más ó menos profundas alteraciones; ¿y qué se ha visto entonces? El santuario de la familia escarnecido como nunca, la propiedad desconocida y arrebatada, santificada la confiscación, la libertad muerta, el asesinato legitimado; torrentes, mares de sangre corriendo espumosos por valles, campos y montañas á enrojecer el océano; el caos, en fin, el caos siniestramente iluminado por la tea de la destrucción y de la muerte.

No es propio de mi objeto tratar la cuestión concerniente á la responsabilidad de esas catástrofes terribles que en Inglaterra, que en Francia, que en España, que en Alemania, que en ambos hemisferios han afligido al mundo. Mi ánimo es llamar la atención de mis lectores únicamente sobre el punto que es ahora materia de mi exámen. Me propongo recordar que cuando se desatan ó aflojan los vínculos sociales, entonces las creencias comunes se entibian ó se truecan por las opuestas, el corazón se fija en la pasión de la resistencia y de la fuerza, y las ideas se encaminan á la destrucción; porque en tales momentos suele creerse que es justicia la ofensa, que es reparación el robo, que es fe la mentira,

que es religiosidad el crimen y que la fuerza es el "derecho." Por eso nuestra "ciencia" declara que deben prevenirse los delitos y las revoluciones armadas, que originan tantos males. Pero nótese que aun entonces la caridad que socorre al menesteroso, el amor que consuela y alienta al que padece, la mano que enjuga el llanto de un peregrino, el lienzo que restaña la sangre de un cadáver espirante, la voz que condena la profanación, el acento que despiertan las energías del alma contra los atentados, la causa misma de las revoluciones y el mal público que trata de estirparse, justifican que, al paso que los unos tienen el espíritu calenturiento y enfermo, se ha refugiado al de los demás, como á puerto de salvación, el perenne sentimiento, la conciencia pura del "deber y la justicia," hasta que luego, restablecida la calma, todos van recobrando la salud del espíritu, antes atormentado con tan horribles convulsiones.

He aquí patente, bajo uno de tantos aspectos, la importancia de la "ciencia del derecho." He aquí visible á la comprensión mas vulgar una idea capital, incompatible.

La naturaleza del derecho se deriva de la naturaleza de nuestro ser. Lo que del derecho decimos, eso decimos también de las necesidades morales, eso de los deberes, eso del deber en general. No solo tenemos el derecho, sino también el deber de conservarnos. No solo tenemos el derecho, sino el deber de caminar adelante en las artes y en las ciencias. No solo tenemos el derecho, sino el deber de apartar á los demás del borde del precipicio en que van tal vez á desplomarse. No solo tenemos el derecho, sino el deber de cultivar nuestra razón, y no solo en beneficio propio sino en beneficio de nuestros iguales, de nuestros hermanos, que son todos los otros hombres, los cuales constituyen con nosotros la humanidad entera. Escusamos decir que el derecho y el deber parten de una misma fuente, la justicia eterna, cuyos milagros están harto manifiestos hasta en la organización de las criaturas microscópicas; que ambas ideas cardinales se difunden y dilatan para venir á determinar su respectiva convergencia; que ambas palabras suelen significar en el fondo el mismo pensamiento según las circunstancias, y que entendiéndose bien y aplicándose exactamente estas palabras, millares de conflictos, perturbaciones y calamidades cesarían en un solo instante como por encanto y maravilla.

Es indispensable para mi intento repetir que la naturaleza del derecho se deriva próxima-

mente de la naturaleza física y moral del hombre; porque es llegado el caso de que me concrete mas al doble objeto de los presentes recuerdos, pues no son otra cosa las líneas que escribo, á pesar del epigrafe: "Naturaleza del derecho y sus tendencias."

Si la ciencia, ampulosa y civilizadamente hablando, no ha nacido con la primera pareja humana, yo me atrevo á creer con el célebre autor de las "Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad," que no ha podido nacer el hombre sino dotado de todas las condiciones necesarias al desarrollo físico y moral de su existencia. El instante predestinado por Dios á su creacion fué y no pudo menos de ser en su mente divina, consecuencia magnífica de su pensamiento eterno, si no se quiere decir que fuese derivacion espiritual ó perfeccion complementaria de todas las creaciones preexistentes. El hombre fué la obra maestra de Dios en este globo, no porque las demás fuesen imperfectas, sino porque plugo á Dios reunir en la criatura humana todas las perfecciones mas delicadas, enalteciéndole con la memoria racional, con la libertad, con la inteligencia, con la facultad de espesar cumplidamente todos los afectos, y con el inestimable don de la palabra, sin el cual no concibo yo las invenciones de la escritura y de la imprenta, ni todas las demás portentosas y sorprendentes maravillas de la humana razon ejercitada.

(Se continuará.)

Juan Bautista Alonso.

## BREVES CONSIDERACIONES

SOBRE LO AGRADABLE, LO BELLO Y LO SUBLIME.

(Continuacion.)

Dos años ha, durante la estacion de verano, pasé algunos dias en un humilde pueblecillo de la provincia de Pontevedra, que lleva por nombre Villanueva de Arosa. Nada mas encantador, mas recogido, mas hermoso que aquel rincon de Galicia.

Montañas lejanas de variados matices de azul, nieve y oro, estensas praderas, valles abrigados, campos cuidadosamente cultivados, cuyos millares de cañas de maiz se inclinan al soplo de los vientos; la ria Arosa (de quien el pueblo toma el apellido, y á cuya orilla está situado), deslizándose tranquilamente la estensa y móvil franja de sus aguas, todo ello forma un conjunto que

atrae y que seduce, por medio del misterioso encanto de su soberana belleza.

En una lengua saliente de la orilla en que está fundado el pueblecillo hay una casita blanca de un solo piso, que avanza en la ria como un faro de salvacion y que en ocasiones, cuando la marea crece, se ve convertida en una diminuta isla, pues las saladas aguas de la ria cubren el estrecho istmo que la une al resto de la aldea.

En aquella casita, imágen perfecta y acabada de la felicidad oscura y tranquila que se desliza silenciosa como la corriente de un arroyo que resbala sobre yerba, en aquella casita vivia entonces y vive ahora una familia con quien estoy unido por los vínculos de la mas sincera amistad.

Las mas de las tardes iba yo á dicha casita y pasaba en ella los ratos mas deliciosos que he pasado en mi vida, y cuyo recuerdo vive constantemente en mí.

Las dos hijas de la casa, Teresa y Carmen, (á quienes envió un saludo de afecto si estas líneas llegan á ellas) y yo que trazo estos pobres renglones, nos colocábamos al lado de una ventana que daba sobre la ria; ellas cosian y yo leía, hablaba, arrancaba hojas de malva-rosa de unos tiestos puestos en el alféizar de la ventana, y miraba el cielo, las montañas, el agua que corria á mis piés, la hermosa naturaleza, en fin, que servia de marco al cuadro de ventura de que yo formaba parte, y que me embriagaba mostrándoseme adornada con todo el lujo que la prestaba esa estacion de la vida, de la abundancia y de la hermosura que se llama estío.

¡Cuántos momentos del mas íntimo y puro placer han trascurrido para mí en aquella casita blanca y modesta, y á quien la distancia y el tiempo que me separan de ella prestan nuevos y dulces atractivos!

En aquellos instantes en que el libro en que leía se me caía de las manos, en que mis lindas amigas quedaban absortas en sus labores, y todo era silencio, recogimiento y paz; en aquellos momentos solia quedarme sumergido en una especie de éxtasis religioso con la vista vagamente fija en los campos adormidos, en las lejanas y veladas sinuosidades de la orilla de enfrente de la ria.

Decíame yo entonces á mí mismo: ¿En qué consiste este placer extraño y que tiene algo de triste que yo experimento al mirar este paisaje que me rodea?

¿Qué encierran en sí aquellas crestas de aquellos montes que casi se confunden con nubecillas agrupadas y que parecen moverse, balan-

cearse y tener algo de vida propia y movimiento? ¿Qué poder oculto encierran para que así conmuevan mi alma con una sensacion tan viva é intensa como imposible de explicar y definir?

¿Qué causa desconocida me obliga á sentirme afectado al mirar esas aguas dormidas de la ria, que parece en este instante un inmenso espejo de metal que refleja confusa y misteriosamente los árboles, colinas y caserfos que pueblan sus márgenes tranquilas?

¿Por qué igualmente el vuelo rápido y los gritos agudos de las aves de mar, la lejana vela latina de una barca de pescador, que parece inmóvil en las aguas, las arboledas, los prados, todo eso, en fin, que me cerca, tiene un poder tan raro sobre mi alma que la afecta y la hace sentir de una manera tan inexplicable como violenta?

Esas aguas, esos montes, esas arboledas, esos valles, ¿no son seres inanimados, materia solamente?

¿Materia? No, no puede ser; la materia sola, no animada por un algo, por un impulso superior y moral, no puede tener ese poder, no puede obrar sobre el espíritu, no puede agitarle á su antojo y dominarle, porque si examino con cuidado mi alma, conozco que se encuentra dominada por esa que yo llamo materia sin duda equivocándome terriblemente.

Entonces, proseguia yo diciéndome á mí mismo, si la materia sola, si los árboles, los caserfos y las montañas de por sí solas no pueden tener ese influjo sobre mí, me es necesario confesar que un espíritu superior, un algo que no comprendo, les anima y vivifica.

Este algo, pues, debe ser sin duda alguna el que comunica á la materia esa cualidad rara, de naturaleza indescifrable, que los hombres llaman belleza.

¿Quién no ha dicho y oido decir infinitas veces ese paisaje es bello, aquel lago es bello, aquella casita es bella?

Ahora bien; tú que llamas bella á aquella casita, bellos á aquel paisaje y á aquel lago, ¿en qué te fundas para emitir ese juicio, para suponer la cualidad de la belleza en aquellos tres objetos?

Me fundo, dirás, en que al mirar esos objetos me llaman involuntariamente la atencion, atrayéndome por medio de una sensacion de placer que despiertan en mi alma; me fijo en ellos y este placer aumenta.

Me fundo, en una palabra, en que me agradan. Y ¿por qué te agradan?

Esta es la cuestion tan debatida, de la naturaleza del sentimiento de lo bello.

Mas de una vez y mas de dos, al llegar á este punto cedí en mis deseos de desentrañar la naturaleza de esa belleza cuyo influjo sentia, pero que no acertaba á descifrar, del mismo modo que se siente el estremecimiento que nos produce un chispazo eléctrico sin que acertemos á descubrir el por qué de esa sensacion particular que oprime el corazon, y de que nadie puede formarse idea hasta experimentarla.

Una tarde de lo mas fuerte del verano, cuando el sol se inclinaba ya á su ocaso tiñendo de fuego el horizonte, la conversacion que sosteniamos mis dos amigas y yo se habia agotado; los ojos de ambas se fueron cerrando poco á poco dulcemente, cayendo sus manos inmóviles sobre las abandonadas costuras.

El tiempo estaba pesado; empecé á mirar la ria, y caí gradualmente en un estado de somnolencia lúcida.

Mis divagaciones acerca de la belleza volvieron á revolotear alrededor de mi cabeza; propúseme avanzar cuanto pudiera en la averiguacion del problema con que soñaba hacia dias.

¿Qué es la belleza? me dije á mí mismo; ¿cuál es su naturaleza, su origen? Investiguemos, averiguemos, trabajemos con ahinco en este asunto.

Replegué todas las fuerzas de mi alma y dije: ¿qué he de hacer primero? Procuremos fijar y definir claramente las impresiones que un objeto bello causa en mi alma, una por una distintamente, y todas en conjunto.

Este análisis severo, concienzudo, escrupuloso, quizás no me dé otro resultado que el cansancio que me produzca, pero quizás abra á mi inteligencia caminos imprevistos, horizontes inesperados, luces que me iluminen y me guien.

El exámen de los efectos es á menudo el medio mas seguro para descubrir las causas de que proceden.

Procuremos, pues, hacer ese exámen.

Una mañana de junio, cuando el sol tiñe de púrpura el cielo, y la fresca brisa de la alborada bulle inquieta, suave y perfumada, voy á pasear á un jardin y al descuido arranco una rosa de cien hojas del tallo en que Dios la habia hecho brotar.

En un principio la miro nada mas que con agrado, pero casi al punto el atractivo que me ha obligado á cojerla, me obliga á fijar en ella mi atencion con mas ahinco.

Veo en primer lugar su linda figura redondeada, que en medio de su gracia tiene un no

sé qué de digno y grave que no acierto á esplicarme á mí mismo; veo despues que sus hojas parecen formadas de una sutil y brillante materia que tiene el resplandor del raso, la suavidad del algodón y la finura y transparencia mas exquisitas; veo igualmente el delicado color estendido sobre toda ella, mezcla preciosa de carmin y blanco, cuyo tono mas fuerte ocupa el centro de sus hojas, desvaneciéndose insensiblemente hácia los extremos, como el tinte pudoroso y virginal que cubre las mejillas juveniles de una muchacha hermosa y pura; veo que el rocío de la noche, convertido en menudas gotas semejantes á diamantes tallados, presta un encanto nuevo á aquel pequeño ser de que mi vista no acierta á separarse, ó se separa con dolor.

Muy luego, y de una manera insensible y lenta, la admiracion que experimento y el placer que baña mi corazón al contemplar la rosa que tengo entre mis manos, se hacen mas intensos, mas intensos, mas intensos cada vez.

A poco al mirar la rosa creo ver en ella algo mas que ella misma; su color delicado despierta en mí ideas de candor, de inocencia, de frescura, de gozo; su forma redondeada me hace vagamente recordar, á la manera con que se recuerdan los lejanos sueños de la niñez, otros mil objetos que no puedo fijar, pero que revisto igualmente de formas redondeadas y ondulantés; creo ver en esas líneas curvas llenas de encanto un mundo entero de misterios; vienen á mi imaginacion por una estraña analogía pensamientos de armonía, de suavidad, de cariño, de amor, de concordia y de paz, pues creo adivinar instintivamente relaciones entre la dulzura de las líneas ondulantés y esa concordia, esa paz y ese amor dulces á los ojos del alma, como las líneas redondeadas y los contornos esbeltos de la rosa son dulces á los ojos del cuerpo.

(Se continuará.)

Juan Alonso y Egullaz

#### HORTICULTURA POPULAR.

(Continuacion.)

Pero ¿descáis ir mas allá en vuestras observaciones á fin de convenceros y poder asegurar en cualquier tiempo esta indisputable verdad? pues tomaos la molestia de salir al campo en el mes de diciembre, si este es templado y lluvioso como el del año que corre, y dirijíos á una tierra de panllevar con el objeto de examinar su pequeña y naciente siembra, y la vereis

que por momentos se echa fuera y vejeta con tan pasmosa lozanía, que os permitirá establecer con facilidad las diferentes fases de su crecimiento. Mas antes de retiraros á vuestra abrigada habitacion, deteneos un instante á socavar el pequeño lomo del surco sobre el que nace la planta, y al instante descubrireis sus tiernas raicillas fibrosas y tan sumamente capilares que apenas podrán resistir á la suave presion de vuestros dedos. Volved al siguiente mes, en que habiendo cesado las lluvias, enero se presenta tétrico y glacial, dejando sentir los deprimentes efectos de sus heladas, las cuales os parecerá que de seguro van á matar á un vegetal tan débil y desabrigado; pero con sorpresa observareis que si bien el crecimiento de los tallos y demás partes de la planta que se encuentran espuestas á los rigores de la estacion se hallan como paralizadas en su crecimiento, al descubrir temerosas las raices os llamará la atencion el ver en ellas reconcentrada la vida que comunica continuamente fortaleza á la planta, que asistida con los beneficios de la humedad ha de conservar y contribuir á su crecimiento hasta el final de su anual existencia.

Estas raices, que tanto os han sorprendido, no son de ninguna manera aquellas especies de pelos frágiles y pastosos; una poblada y gruesa cbellera penetra en el fondo de la tierra, y por sus mil boquillas ó espongiolas chupa los jugos que han de alimentar al vegetal, comunicándole la suficiente fuerza de resistencia para poderse oponer á los continuos ataques que le asestan los agentes exteriores.

Cuando hayais ejecutado estos sencillos experimentos no participareis de la preocupacion general acerca de la muerte de la vegetacion durante la época del invierno.

Sois aficionados al cultivo de las flores, y esta sencilla aficion está claramente demostrando que poseeis un alma tierna, sensible y delicada, que observa, goza y se estafía con la tranquila y religiosa contemplacion de los sublimes espectáculos de la naturaleza.

¡Gozad dichosos de esa inocente pasion, y no temais asalte vuestra mente el rudo torbellino de ambiciosos y deslumbrantes pensamientos, que alejando del corazón la calma, siembran la vida de pesares y zozobras y son el continuo torcedor que sin descanso atormenta á aquellos seres desgraciados á quienes acomete!...

Mas el Supremo Hacedor ha señalado de antemano de una manera fija y positiva el lugar que corresponde ocupar á cada uno de los seres or-

ganizados, sujetando á todos los cuerpos que existen sobre la faz de la tierra á leyes generales por las cuales se rigen y que son para el estudio del hombre el camino mas fácil y mas corto.

Vosotros poseis un bello y dilatado jardin porque el cielo ha querido que vuestros bienes de fortuna sean suficientes para obtener un sobrante que empleais con utilidad en vuestro recreo, contribuyendo al mismo tiempo á la subsistencia de media docena de familias que continuamente os bendicen; ó por el contrario, lejos de sobraros intereses para satisfacer vuestros gustos, necesitais trabajar y economizar á fin de mantener vuestras sagradas obligaciones, situacion que no os debe en manera alguna de desesperar, porque sobre ser tan útiles y necesarios á la sociedad los pobres como los ricos, tenéis sobre el aprecio y estimacion universal esa dulce satisfaccion que solo experimenta el hombre honrado que despues de haber consumido sus fuerzas en el trabajo durante el dia, se retira por la noche á su modesto hogar llevando con una indecible satisfaccion el pan que ha de sustentar á su familia.

En ambos casos, pero siempre con arreglo á vuestra posicion social, podeis consagrar los ratos de ocio al dulce cultivo de las flores, puesto que si no teneis un gran jardin, una huerta ó un pequeño patio de que poder disponer, tendreis un balcon, una ventana donde poder ostentar con cierta especie de orgullo vuestras cuidadas y fragantes macetas. Mas si nada de esto teneis, pero os sobra virtud y corazon, aun os restan para poder satisfacer vuestra aficion á la cultura de las flores los jardines y paseos públicos, y sobre todo las praderas, los bosques y los montes que no están vedados á nadie. Allí podeis ir á recrearos y disfrutar de su bellissimo encanto, observando el crecimiento y lozanía de las plantas, debidos solo á los cuidados de la naturaleza, estableciendo despues la comparacion con lo que el hombre ha hecho, enseñado por esta maestra universal y copiándola en lo posible, con los primores, ventajas y adelantos del cultivo, la diversidad y rareza de la multitud de variedades de una misma especie obtenidas por los cuidadosos preceptos del arte; y por último, con vuestras conversaciones con los aficionados é inteligentes, con la lectura, y á fuerza de razonar y discutir consigo mismo, no solo os sorprenderá la noche del domingo en tan útil como sencilla ocupacion, sino que en muy poco tiempo os impondreis en los secretos de la ciencia, y os será dado sin pretensiones establecer

juiciosos y acertados argumentos aun contra el dictámen de las personas entendidas.

La lectura de los escritos sencillos y comprensibles á todas las inteligencias, unida á la constante observacion de la naturaleza del país en que os encontrais, son las dos mejores guias que podeis elegir para la ejecucion de las diferentes operaciones del cultivo de las flores, y de esta manera vereis con júbilo prosperar vuestras plantas, sacando de ellas sus deseados productos segun las estaciones, para lo cual debeis distribuir con precision los trabajos propios y exclusivos que corresponde ejecutar en cada uno de los diferentes meses del año.

Por esta razon tendreis presente que tanto los grandes jardines de adorno y puro recreo, como los comerciales ó de utilidad, reclaman que se ejecute en el mes de enero todo lo perteneciente al movimiento de tierras que debió principiarse por noviembre como son las cavas, desmontes, terraplenes, trazado y distribucion de los jardines de nueva planta, con la recomposicion de bosquecillos y parterres, siendo muy conveniente que elijais para ejecutar estas operaciones los dias mas templados y serenos, y desde luego os abstengais de hacer estos trabajos con hielos, nieves ó lluvias.

El terreno que ya de antemano tendreis cavado á su debido tiempo y el cual poco á poco se ha ido impregnando de los naturales beneficios de la atmósfera, con la humedad de las escarchas y rocios á mas de otros cuerpos que se encuentran en disolucion y suspension entre las diferentes capas de aire y que penetran insensiblemente en esta tierra ahuecada por la labor y los metéoros anteriores propios de la estacion, podeis tajarlo dividiéndolo en cuarteles, que segun el uso y objeto á que los destineis así será la subdivision y figura de las eras que arregleis, las cuales despues de haber embasurado debereis entrecavar.

De la misma manera podrán ejecutarse si el tiempo ayuda sobre mediados de mes al aire libre y de asiento, la siembra de plantas anuales que han de florecer por mayo, junio, julio, agosto y setiembre, á fin de adelantarlas, como son las espuelas, amaranthos, alhelies de Mahon, guisantes de color, pensamientos, don diegos, golillas de corte, enredaderas, malvas-reales, adormideras, carraspiques, arañuela, muscípula, estrañas y otras, pudiendo hacer igualmente estas mismas siembras en las macetas que se tienen para adorno de las habitaciones.

La poda y limpia de los árboles de sombra

puede tambien principiarse por este tiempo, y si ha quedado alguna marra ó hueco que reponer entre los vegetales que por las injurias del tiempo y de los años, la mala calidad de los terrenos ó los pocos cuidados, se han perdido, debereis inmediatamente apresuraros á su planiacion.

No perdais nunca de vista que esta es la época mas á propósito para destruir las malas yerbas que infestan vuestros jardines y que roban sin piedad al terreno una alimentacion que desde luego pudiera aprovechar al crecimiento de las bellas plantas que cultivais, y para lo cual debereis cavar los rodales donde nazcan la juncia, grama, laston, ajos y otras, á fin de que sacando las raices de estas perjudiciales semillas desparpajándolas con la mano ó con el rastro y dejándolas espuestas sobre la tierra á los fuertes hielos de la noche estos las consuman y sea indudablemente el mejor y mas sencillo método de estirparlas.

Los trabajos que se deben en este mes ejecutar en el invernadero, se reducen, despues de cumplir con las atenciones generales del abrigo, limpieza y ventilacion, á tener un especial cuidado con los riegos, puesto que siendo poco el calórico que vaga por la atmósfera, y por consecuencia mucho menor la evaporacion que hay en estos sitios, las macetas encerradas en ellos retienen mas facilmente la humedad, y el exceso de esta pudiera llegar á ser tal que os destruyera por completo vuestras esperanzas, matando á los vegetales que con tanto anhelo conservais. Tambien se trasplantarán á las cajoneras ó á los tiestos los pensamientos, geranios y demas vegetales que tengais ya crecidos en vuestros semilleros.

La propagacion de todas las plantas crasas ya por esquejes ó por pequeñas plantitas con raices, pueden tambien principiarse á ejecutar desde esta época á fin de que vayais insensiblemente aumentando vuestras colecciones de estapelias, vulgarmente placas de Napoleon, las cacalias ó prodigiosas, los epiphilum ó plumas de Santa Teresa, los mesembrianthemum ó peregil de la reina, las mamilarias, cactus y demás comprendidas bajo aquella denominacion, por el aspecto grueso y carnoso que presenta á primera vista la gran familia de estos vegetales.

En las estufas calientes se procurará con el mayor esmero que no falte el calórico, particularmente en las madrugadas, que es cuando mas baja el termómetro, evitando á todo trance que las flores que en ellas cultiveis no esperimenten en manera alguna los cambios rápidos de la tem-

peratura exterior, ni mucho menos pasen por las violentas y perjudiciales alternativas de calor al frio y viceversa, puesto que podreis fácilmente comprender que á los vegetales exóticos nunca les es dado acostumbrarse á estas intempestivas variaciones. El calor artificial que proporcioneis á estas estufas de cultivos forzados podrá ser debido al fuego ó sea por medio del termosifon, ó tambien por la basura viva encerrada y apretada fuertemente, y con algo de humedad para que ayude á la fermentacion, y á beneficio de la cual se desprende el calórico que ha de calentar el edificio.

Este último método será el que debereis seguir por estar mas en relacion con la naturaleza de nuestro pais, ser mas barato, mas cómodo, y producir una accion mas constante en sus efectos, salvas algunas precauciones y particularidades que esponaremos en otro artículo. Básteos por ahora saber que los invernaderos han de estar dispuestos de tal manera que en las noches mas frias nunca llegue la temperatura á cero, y si fluctúe entre cuatro y cinco como término medio entre los extremos, y que las estufas calientes en donde se cultiven las plantas procedentes de la India, Africa y parte de la América meridional han de tener constantemente una temperatura de quince á veinte grados.

Por último, es preciso que no olvideis que en toda clase de cultivos la observacion y el estudio de las localidades, mas ó menos frias ó templadas, son las circunstancias esenciales que hacen desde luego variar en parte y muchas veces en todo los preceptos y reglas generales.

Meliton Atienza y Sirvent.

## EL RIDÍCULO.

Noches pasadas me retiraba á mi casa bastante preocupado, pues iba pensando en un artículo que me habia encargado un amigo mio para un periódico en que él escribe.

¡Un artículo! decia yo entre mí al entrar en mi habitacion; ¿y de qué ha de tratar este artículo? ¿qué he de decir en él? sobre qué asunto ha de versar? Y balbuceando estas palabras, no hacia mas que dar vueltas de un lado á otro y mirar á todas partes como si esperara ver aparecerse el tal artículo súbitamente en la pared.

Recordé entonces todas las apariciones célebres.

Recordé á Constantino, que al dirigirse á Roma

contra Majencio vió en el cielo el signo de nuestra religion con el lema: "Por esta señal vencerás."

Recordé á D. Cleofás, que por haber tenido la suerte de sacar á Asmodeo de la redoma en que estaba sepultado, y solo con andarse una noche revoloteando por los tejados, se proporcionó materia para escribir el inestimable "Diablo Cojuelo."

Recordé, por último, al baron de Luizzi de las "Memorias del Diablo," sintiendo no hallarme en su lugar para llamar á Satanás y obligarle á dirigirme uno de aquellos sermones á que era tan aficionado; viéndome libre de mi compromiso tan solo con escribir dicho sermón y enviársele á mi amigo.

Pero ¡ay! no á todos cabe la triste fortuna de estar malditos como el baron de Luizzi para tener pacto con Satanás, ni yo soy tan aturdido ni calavera como D. Cleofás para lograr sus encuentros, ni tan buen cristiano como Constantino para merecer los avisos celestiales.

Dios sabe el tiempo que hubiera continuado reflexionando sobre tales apariciones, si de repente no me hubieran interrumpido...

Quizás alguno esclame al llegar aquí: ya tenemos una aparicion mas; algun genio disfrazado de pájaro, mosca ó renacuajo, algun diablo en figura de rinoceronte, ó acaso la estrella polar ó la luna convertidas en moscardon.

Pero no temas nada de esto, querido lector, pues ya pasaron los tiempos de las apariciones, y aunque no hubieran pasado soy tan infeliz que no se me presentaria ninguna cuando la necesitara, y por último, si estas razones no te satisfacen, ten paciencia, que muchas me dan á mí que no me convencen, y sin embargo no tengo mas remedio que pasar por ellas.

Iba á decir cuando comencé este paréntesis que de pronto fui interrumpido en mis reflexiones por unas sonoras carcajadas que salian de los balcones de la casa que está enfrente de la mia, y que por lo agudas me parecieron de mujer. Estrañáronme; abrí mi balcon, me asomé á él y pregunté á unas lindas vecinas mias (que eran las que reian) la causa de su ruidoso buen humor. — Yo se lo diré á V., exclamó una voz masculina que salió de un balcon inmediato al mio.

Volvíme, y reconociendo en mi interlocutor á un jóven que siempre andaba en guiños y cuchicheos con las vecinitas, le hice una señal de asentimiento. — Es pues el caso, continuó entonces él, que estas señoritas se han querido reir de mí, y al parecer lo han conseguido: han te-

nido la graciosa ocurrencia de vestir á una escoba con uno de sus trajes, y como la noche es oscura, creyendo yo que seria alguna de ellas la he saludado rendidamente; entonces han salido todas, riendo á carcajadas.

— Dios mio! dijo á esta sazón Joaquinita (porque es preciso que el lector sepa que una de mis vecinas se llama Joaquinita), aunque el confundirnos con un palo de escoba vestido es equivocación que nos honra poco, con todo era cosa de reventar de risa al ver la gravedad con que V. decia: Joaquinita, ¿está V. buena? y viendo que no recibia contestacion, continuaba: ¿es que no me quiere V. contestar, ó se ha vuelto V. muda? Y tras esto comenzaron de nuevo el alboroto y las risas.

— Señorita, se atrevió á murmurar el malaventurado jóven, que estaba lastimosamente avergonzado; es V. muy cruel al burlarse de mi, cuando la causa de todo es el amor que la tengo, pues pensando siempre en V. creo verla en todas partes.

— ¡Hasta en un palo de escoba! ¡muchas gracias! Y resonó un nuevo coro de carcajadas.

Conociendo yo que era causa perdida la de mi vecino, no intenté salir á su defensa, me despedí y me retiré cerrando mi balcon.

He aquí, comencé á reflexionar continuando mis paseos anteriores, he aquí un jóven de excelente figura, que será regularmente muy juicioso, de buena familia, que no faltará jamás á sus palabras, que será en fin lo que se llama en el mundo un bello sujeto; y sin embargo de todos estos requisitos, á pesar de que ame mucho á esa muchacha, y á pesar de cuantos sacrificios haga por ella, es indudable que nunca será atendido, al menos con sinceridad.

¿Y por qué? Porque ha estado sirviendo de diversion, porque se han reido de él, porque se ha puesto en ridículo.

¿Y qué es ponerse en ridículo?

Poca cosa: figuraos que ese jóven amará mañana á cualquiera otra muchacha; figuraos igualmente que esta muchacha sepa la aventura que anteriormente hemos referido, y esto es en extremo fácil porque semejantes cosas corren con una facilidad increíble.

Quando nuestro pobre amigo, rebosando passion por todos sus poros esté pronunciando una de sus frases mas inspiradas, oirá decir á su novia entre risas comprimidas:

— No, no señor, de ninguna manera; le tengo á V. miedo.

—Señora, obra V. mal mofándose de un amor tan sincero como el mio.

—Nada de eso, nada de eso; pero V. ha confundido ya á una amiga mia con un palo de escoba, y será fácil que el dia de mañana me confunda á mí con la criada ó el aguador, que al fin son entes racionales. Esto seria atroz y me atacaria horriblemente á los nervios.

¿Qué hay que responder á esto? Bajar la cabeza y resignarse.

Ahora bien; esta misma muchacha atenderá mañana á otro que faltará á las citas que ella le dé, que la será infiel, que salpicará de palabras inconvenientes su conversacion, y que acaso la aplicará á las costillas el célebre palo de escoba, efigie de su amiga.

Mientras tanto, el otro infeliz jóven, aunque logre dominar su amor, no conseguirá jamás cicatrizar la herida abierta á su amor propio, y á buen seguro que cuente su ridícula aventura á sus mas íntimos amigos, á quienes no tendria reparo en confesar que era jugador, tramposo y borracho.

Todo esto podria pasar como ligeras calaveradas. La narracion de su ridícula aventura haria que se riesen de él.

El ridículo es en verdad temible: se estiende á todos los individuos de la sociedad y no perdona rango, fortuna ni posicion, subdividiéndose en tantas variedades como causas pueden producirle.

Un orador que en lo mejor de un entusiasta discurso aspira la h, y por decir hacia dice jacia, cae en ridiculo; una señorita á quien pone un rabo uno de esos niños que, como dice Viller-gas, no estaban en casa cuando fué el sastre á tomarles medida de la ropa, cae en ridiculo; un caballero elegante que se para á hablar en la calle con un gitano; una marquesa que se casa con su lacayo; un magistrado que se casa con su criada, caen en ridiculo. ¿Dónde hay cosa mas natural que el caerse? Pues Dios te libre de hacerlo, porque te pondrias horriblemente en ridiculo.

Pero el ridiculo principal de todos, el ridiculo-monstruo, y lo que es peor, el mas injusto, porque no depende en manera alguna de aquel en quien recae, es el del hombre cuya mujer, quebrantando un juramento sagrado, ha incurrido en un crimen por ventura mas raro de lo que se piensa.

Tú honrado individuo de la clase media que has llevado desde que naciste una vida de continuo trabajo y que desde que te uniste á tu esposa, no

has tenido un solo pensamiento que no haya sido dedicado á tu familia por quien te afanas de dia y con quien sueñas de noche; tú que eres y has sido siempre buen hijo, buen esposo y buen padre; tú que lloras conmovido al recordar el dia en que llevaste al altar á tu amada, que recuerdas igualmente con lágrimas de alegría la sencilla fiesta campestre que siguió á la bendicion nupcial y el bullicioso baile con que terminó tan memorable dia; tú en fin modelo de virtud y de honradez no podrás eximirte del ridiculo si has tenido la desgracia de que un miserable haya seducido á tu esposa en quien confiabas como en tí mismo.

Aun colocado en tan triste caso, si te hubieras mostrado severo con los criminales, si hubieras lanzado á la calle á tus hijos bajo el pretexto de dudar si eran de tu sangre, y hubieras en fin, volviendo mal por mal, puesto á otros en la situacion en que te veias, el mundo te perdonaria acaso tu desventura en gracia de tus crímenes.

Pero tú que amas siempre á tu mujer y que sobre todo no quieres que tus hijos se avergüencen de su madre haciendo público tu deshonor; tú has procurado tender sobre él el velo del olvido y el mundo se aprieta los hijares de risa y te lanza miradas de desprecio cada vez que tienes el atrevimiento de presentarte ante él.

Es muy poderosa ¿no es verdad? el arma del ridiculo.

Si dos jóvenes pretenden á una misma dama, el que de ellos tenga esperiencia se guardará bien de decir á su pretendida que ha visto á su rival con otra; que es un monstruo, que la está engañando, etc. etc.; dirá mas bien que es un bendito de Dios, un excelente sujeto y añadirá como al descuido que gasta fósforos de carton, que se arremanga los pantalones cuando llueve y que tiene las manos reventadas de sabañones.

En el mundo político ¡cuan sangrienta no suele ser el arma del ridiculo! ¡cuan inestimable la habilidad de saberse aprovechar de una repeticion de palabras, de cualquier falta física ó moral del adversario á quien se desea hundir!

¿No hemos visto á Danton, derrotado en el Club de los Franciscanos por la acusacion que le dirigió un célebre revolucionario jorobado, salvarse por una inspiracion del momento, cuando viéndose al borde de un abismo, levantó en sus robustos brazos y colocó en la tribuna á otro jorobado que apereció cerca de él, gritando á la multitud: "A un jorobado que conteste otro jorobado?"

La primitiva comedia griega en manos de

Aristófaues, ¿no hacia temblar á todos los hombres públicos persiguiéndolos por medio de la burla y del escarnio?

¿No vemos tambien cuán á menudo conduce el temor que inspira el ridículo al olvido de los deberes mas sagrados?

¿Cuántos hijos no han renegado de sus padres negándose á reconocerlos, porque los han visto en una posicion humilde, mientras ellos vivian en medio del lujo mas desenfrenado?

Pues si esto es el ridículo, si tan desastrosos son sus efectos, si tan inevitables son sus tiros por lo mismo que suelen ser inesperados, ¿qué debemos hacer al frente de un enemigo tan poderoso?

Si tú, cualquiera que seas, llegas por tu desgracia á encontrarte en una situacion ridícula, no te amilanes, y ten presente que en este mundo lo primero que hay que tener, segun ha dicho no sé quién, es audacia y siempre audacia.

Si alguno se sonríe al mirarte, mírale tú y sonríe; si él empieza á reír, rie tú tambien; si él rie mas fuerte, rie mas fuerte aun; si él suelta la carcajada, suéltala tú á tu vez con toda tu alma, y ahoga el ruido de su risa, y haz inútiles sus esfuerzos, haciéndolos aun mayores y mas desesperados, sin ceder jamás hasta que caigas al suelo jadeante, arrojando un caño de sangre por la boca.

Al llegar á este punto de mis reflexiones sentí una voz que me llamaba.

Eran las siete de la mañana y mi criada me traia el chocolate. El tiempo se me habia pasado insensiblemente pensando en el ridículo.

Acordéme entonces del artículo que habia prometido, escribí mis citadas reflexiones, las di á mi amigo, y este las destinó un lugar en el número tercero de LA CONVERSACION.

José Ramos Calleja.

## DECLARACION DE AMOR,

Cerca ya de anoecer,  
 Cuando el sol se bambolca  
 Dudando entre resplidos  
 Si se acuesta ó no se acuesta,  
 Teresa la refollante  
 Con un hocico de á terciá,  
 Porque Zancajo su novio  
 Por la Guarra la desprecia,  
 De una calleja del Rastro  
 Desempedra la acera,

Recogiéndose las faldas  
 Con coquetería estrema,  
 Pues la niña ¡voto á Crivas!  
 Mas limpia que boca hambrienta  
 No consiente que sus bajos  
 Roben el lodo á las piedras.  
 Es Teresa una muchacha  
 De diez y seis primaveras,  
 Llamativo de los ojos  
 Que se espeluznan al verla.  
 Tiene mista la color  
 Entre azúcar y canela,  
 Y pesa mas de seis libras  
 Su moño sin la peineta.  
 Muévese cual jelatina  
 Su talle cuando pasea,  
 Y el vaiven de sus enaguas  
 Tumba en el suelo á una recua.  
 Es, en fin, lo que llamamos  
 Una gentil quita-penas,  
 Mes de marzo por lo airosa,  
 Carne de burro en lo tiesa;  
 Mas mirada que una estampa,  
 Mas grave que una duquesa,  
 Mas altiva que un lacayo,  
 Mas hermosa que una perla.  
 Con un pañuelo de cuadros  
 Rebuñado á la cabeza,  
 Y arropada en un manton  
 Que aun su cintura no vela,  
 Del obrador á su casa  
 (Porque es modista Teresa)  
 Segun hemos referido  
 Sigue el camino lijera.  
 Tras las vidrieras roñosas  
 De una vecina taberna,  
 Protectora de traspieses  
 Y padrina de pependencias,  
 Con los ojos pitañosos  
 Entre si se abren ó cierran,  
 Encorvado el individuo  
 Y entumecida la lengua,  
 Mas borracho que una cuba,  
 Desliza entonces la geta  
 Un asesino en cogollo  
 Futuro fruto de cuelga.  
 Sobre sus cejas poniendo  
 Las manos como visera,  
 Y á riesgo de dar un vuelco  
 Porque se le van las piernas,  
 A nuestra moza descubre  
 Y entre corcobos y penas  
 Consigne al fin abordarla  
 Diciendo con voz espesa:

—Tienes, chiquilla, unos ojos  
¡Válgame la Magdalena!  
Que me tusturran el alma  
Y amojaman la sesera.  
Dame pues, hija de Judas,  
Un abrazo ¡por tu abuela!  
Porque siento un reconcomio  
Que revuelve mis ideas;  
Tengo un picor que me dobla,  
Sarnosa está mi conciencia,  
Ráscala con un abrazo  
Porque te quiero de veras.—  
Acabada su oracion  
Iba ya á entrar en materia  
Nuestro amigo, y á tomar  
El abrazo que pidiera,  
Cuando afirmando talones  
Dió media vuelta Teresa,  
Desembuchando con aire  
Del manton su mano izquierda,  
Y á tiempo que el de la sarna  
Se lamía ya las muelas,  
Le asentó sobre el hocico  
Un revés en toda regla.  
Gruñó como un jabalí  
Cayendo sobre la acera  
El borracho, y muy tranquila  
Siguió su rumbo Teresa.

Juan Alonso y Eguilaz.

## LA NOCHE.

Sublime noche, que del ancho suelo  
Sin ruido te apoderas,  
¡Qué indecible placer siento al mirarte!  
La calma y el consuelo,  
Cuando en el orbe imperas,  
El grito acallan que del triste parte,  
Dictando amor profundo  
Hacia el Ser que infinito rije el mundo.  
En tu seno los justos corazones  
Mejoran su existencia,  
Y en él se ensancha el libre pensamiento,  
Y vaga en las regiones  
De la alta Omnipotencia  
Y oye do quier su soberano acento,  
Y de la sombra oscura  
La faz inmensa registrar procura.  
Ya, sumerjida en el sereno espacio,  
Del campesino admira  
La olvidada mansion humilde y franca,  
Ya ruinoso palacio

Que aun vanidad respira  
Mientras gemidos con furor le arranca,  
Rudo viento que azota  
Los duros cascos de su frente rota.  
Y el silencio y la paz, y el bosque triste,  
Que á veces agitado  
Con murmullo crujiente se deshoja,  
Y el cielo que se viste  
De resplandor sagrado,  
Y el eco tardo que del monte arroja  
Ya imponente sonido,  
Ya vagaroso y lánguido gemido.  
Tal vez campana funeral vibrando  
La augusta calma impide  
Y el misterio y terror lúgubre estiende,  
Y en vueltas mil girando  
Fantástica despide  
Tembloso brillo que la sombra enciende  
Y en los pechos derrama  
De la hermosa piedad la dulce llama.  
Y en muda y triste soledad se queja,  
Y el vago son doliente  
Se esparce y lucha y vuela arrebatado,  
Y ya veloz se aleja,  
Ya torna balbuciente,  
Y en los senos del aire derramado,  
Suena trémulo y lento  
Y de nuevo se pierde por el viento.  
Y acaso en dulce magestad velada;  
La luna se aparece  
Desterrando del alma los enojos:  
Y su luz desmayada  
Serena resplandece  
Sin deslumbrar los anhelantes ojos,  
Que en plácido desvelo,  
Por el cóncavo azul siguen su vuelo.  
Todo es grande do quier: la vista errante  
Los ámbitos pasea  
Del espacio que alcanza y mira ansiosa  
La exhalacion brillante  
Que brota y centellea,  
El rio audaz, la selva pavorosa,  
La bóveda encendida,  
Y nunca cesa de volar perdida.  
Serenos astros que vagais girando  
Con marcha sosegada,  
Del supremo poder altos ejemplos,  
¿Quién no vive admirando  
Vuestra escelsa morada?  
La mano del error soberbios templos  
Os alzó reverente:  
¡Que tanto vuestro influjo el hombre siente!  
¡Oh, quién tus alas detener pudiera,  
Tranquila y pura noche!

¡Quién descifrar tus rasgos majestuosos!  
 Mas ¡ay! que ya ligera  
 En su luciente coche,  
 Coronado de rayos victoriosos,  
 La aurora se adelanta  
 Y al fin tu velo con su luz quebranta...  
 Rápida huyó la noche silenciosa  
 Del resplandor del día.  
 Su parco sueño en cambio sacudiendo,  
 Levántase afanosa  
 La vil codicia impía,  
 Brilla la vanidad y con estruendo  
 La soberbia aparece,  
 Y de males sin fin la turba crece.  
 Dejad mi corazón, de gloria henchido,  
 ¡Oh dioses mundanales  
 Que en la frente grabais eterna mengua!  
 En penas mil sumido,  
 Recoja vuestros males  
 Quien os alce un altar con torpe lengua  
 No me arranqueis del alma  
 La hermosa, dulce, bendecida calma.  
 Y huye lejos de mí, tú que derramas  
 La inquietud en la vida  
 Y en el humano corazón la guerra,  
 Pobre ambición, que inflamas  
 La mente enardecida,  
 Buscando los tesoros de la tierra.  
 Tan solo el alma mía,  
 ¡Sublime noche, tu grandeza ansia!

Julio de Egullaz.

## VARIEDADES.

Hemos tenido el gusto de ver el "Compendio de Paleografía española" que nuestro querido amigo el señor D. Antonio Alverá y Delgrás acaba de escribir.

Los que como nosotros conociesen las muchas dificultades con que ha tenido que luchar el señor de Alverá para terminar su utilísima obra, se admirarían de su infatigable constancia en el trabajo, sostenida tan solo por su amor á la enseñanza.

Encargado de un curso especial de dicha ciencia en la Escuela Normal Central de Instrucción primaria, concibió el proyecto de escribir la mencionada obra, que tanta falta hacía, y en la cual ha dado una muestra mas de sus grandes conocimientos caligráficos y de su vasta erudición. Acompañan á esta obra 32 láminas en folio, ordenadas en cuatro cuadros murales, escritas y

autografiadas admirablemente por el mismo autor.

Damos la mas cumplida enhorabuena por su nuevo trabajo al señor de Alverá, que puede estar seguro de haber hecho un gran beneficio á los que se dedican al tan difícil cuanto importante estudio de la Paleografía.

—Tomamos del "Correó de la moda" los siguientes párrafos:

"Traje de paseo.—Vestido de moaré antique negro con quillas ó costadillos de glasé color de pensamiento. Estos costadillos dejan abierta la falda: en ambas orillas se hacen ojetes. por los que pasa una trencilla de seda negra, cruzánj dose sobre el glasé, y en cuyos remates lleve colgantes de azabache.

Chaqueta larga con costadillos semejantes á los de la falda. En el pecho y en la parte esterior de la manga se repite, aunque mas en pequeño, el adorno que forma los costadillos.

Sombrero de terciopelo morado de dos tonos. El ala, que avanza bastante sobre la cabeza, está cubierto, así como la copa, del terciopelo mas oscuro: un ruló de terciopelo mas claro va colocado en el ala como á dos centímetros de la copa. El bavolet, que es de una dimension moderada, está hecho del terciopelo de color mas subido, con un ruló al canto igual al primero. Un biés de terciopelo claro va colocado sobre el ala, terminando por un lado en un lazo; el otro le adorna una flor de terciopelo morado, tambien de dos tonos. Al canto del ala, del biés y bavolet, va al aire una puntilla negra estrechita.

César de Egullaz.

## TEATROS.

Noches pasadas ocurrió en el teatro de Novedades un triste suceso á tiempo de estarse representando el "Patriarca del Turia."

Ocupábase el señor Calvo en el desempeño de su respectivo papel, cuando se sintió acometido de una gran indisposicion que pudo tener funestas consecuencias.

Lamentamos sinceramente esta desgracia y nos lisonjamos con la esperanza del pronto restablecimiento de tan distinguido actor.

César de Egullaz.

Editor, D. Mariano Ramirez.

MADRID: 1858.

IMPRESA DE D. ZACARIAS SOLER,  
 Arco de Santa María, núm. 28.